

## Capítulo 1

El día de mi muerte comenzó mal y fue de mal en peor con una rapidez vertiginosa. Apagué demasiadas veces la alarma del despertador y llegué al trabajo tarde. ¿Acaso vosotros no apagáis la alarma del despertador para disfrutar de nueve minutos más de sueño? Pues yo sí. Por lo tanto, casi siempre me duermo. Joder con la alarma de repetición.

No tuve tiempo para desayunar, así que comí un par de Pop Tarts de chocolate mientras esperaba el autobús. Mmmmm... chocolate. Mi madre habría dado su aprobación (¿quién creéis que me hizo adicta a las malditas Pop Tarts?), pero un nutricionista me habría dado una colleja con el aparatito de contar calorías.

El autobús llegó tarde, desde luego. Os encantaría la EMT de Minnesota. Seis autobuses para un cuarto de millón de personas. Cuando no llegaban tarde, llegaban pronto; había perdido la cuenta de las veces que salí a la calle para ver la parte trasera del autobús alejándose. ¿Horario? ¿Qué horario?

Cuando el autobús, nuevamente tarde, llegó dando tumbos, me subí y me senté... sobre un chicle.

En una reunión de las nueve de la mañana, a la que llegué a las 9.20, me enteré de que la recesión (que los economistas vienen negando desde hace años), me había dejado K.O. Me habían echado. No fue inesperado; la última vez que la querida Hamton & Hijos dio beneficios, yo estaba todavía en el instituto. Pero igualmente me dolió. Quedarse sin trabajo es de lo peor que te puede pasar. Sabes, sin lugar a dudas, que no te quieren. Da igual que los motivos sean personales, económicos o prácticos. No te quieren y punto.

Hamton & Hijos se habían dado cuenta con un año de retraso que tenían que hacer recortes, y decidieron que la solución eran los despidos de administrativos, en vez de, por ejemplo, recortar las sumas millonarias que cobraban los gerentes. Los administrativos y las secretarías habían sido considerados prescindibles. Pero la venganza es un plato que se sirve frío. Sin nosotros, esos tarados eran incapaces de mandar un fax, por no mencionar administrar la empresa.

Más alegre al pensar aquello, recogí mis cosas, simulé no darme cuenta de la forma en que mis compañeros evitaban mirarme a los ojos y me fui corriendo a casa. Para consolarme, paré en La Reina de la Leche y pedí un batido de arándanos. La primavera se acercaba: los petirrojos, la hierba recién brotada y la apertura de La Reina de la Leche.

Según entraba por la puerta de mi casa, todavía sorbiendo, vi que la lucecita roja del contestador parpadeaba como un pequeño dragón negro. El mensaje era de mi monsdrastra y, a juzgar por la batahola del fondo, me llamaba desde su salón de belleza:

—Tu padre y yo no podremos ir a tu fiesta esta noche... me han puesto una medicación nueva y yo... nosotros... no podemos. Lo siento. Seguro que lo sientes, imbécil. Diviértete sin nosotros. Claro que sí. Quizá conozcas a alguien esta noche. Traducción: quizá algún pobre pringado se case contigo.

Desde el primer día, mi monsdrastra me había tratado de una sola forma: como a quien le robaba el cariño de su nuevo marido. Lo que es peor, nunca dudaba en jugar la carta de la depresión para librarse de algo que me resultase importante a mí.

Aquello dejó de molestarme a la semana de haberla conocido, así que casi mejor. Entré en la cocina a darle de comer a la gata y me di cuenta de que se había escapado otra vez. Siempre buscando aventuras, mi Giselle (aunque la realidad es más que yo soy su Betsy).

Miré el reloj. O, la, la. Ni siquiera era mediodía todavía. Había llegado el momento de poner la colada y llorar hasta que se me saliesen los ojos de las órbitas, y con ello había completado mi día.

Que los cumplas feliz, Betsy.

El caso es que tuvimos una tormenta de nieve en pleno abril y mi fiesta se pospuso. Mejor... No sentía deseos de salir, ponerme la sonrisa de plástico y beber demasiados daiquiris. El Mall of America es un sitio fantástico, pero hay que estar de humor para reunirte con una multitud ruidosa y beber copas de seis dólares.

Nick me llamó a eso de las ocho y ése fue mi único momento alegre del día. Nick Berry era un detective genial que trabajaba en la comisaría de St. Paul. Me habían atacado unos meses antes y...

Vale, "atacado" resulta un poco suave. Casi como decir "desafortunado incidente" para hablar de la Segunda Guerra Mundial. No me gusta hablar, ni siquiera acordarme de ello, pero un grupo de seres repulsivos me cayeron encima cuando salía de La Barbacoa Mongol de Khan (todo lo que puedas comer por 11.95, incluyendo ensalada, postre y tres vasos de bebida, un chollo si no te importa que la ropa te huela a ajo durante horas).

No tengo ni idea de lo que querían mis agresores; no me quitaron el bolso ni intentaron violarme, ni siquiera mencionaron conspiraciones del gobierno.

Aparecieron por arte de magia, nunca mejor dicho. Yo bostezaba tanteando el bolso por las llaves y, de repente, me vi rodeada. Me arañaron y mordieron como un montón de ardillas rabiosas mientras yo me defendía dándoles con las punteras de mis Manolo Blahniks y gritaba pidiendo ayuda lo más fuerte que podía... tan fuerte que me quedé ronca durante tres días. Olían peor que mi cocina aquella vez que me fui a Cape dos semanas y me olvidé de sacar la basura antes de marcharme. Todos tenían el pelo largo y los ojos de un color extraño y no dijeron ni una palabra.

No llegó la ayuda, pero los perversos se marcharon corriendo. Quizá se asustaron ante mis gritos; cuando grito, los perros aúllan. O quizá no les gustase el olor a ajo que tenía. No sé por qué, pero total que salieron corriendo, escopetados, en realidad.

Cuando me apoyé en el coche intentando no desmayarme, los miré marcharse y parecía que algunos de ellos iban a cuatro patas. Hice un enorme esfuerzo para no vomitar mi barra libre, té de jengibre y pan de sésamo. No estaba dispuesta a desperdiciar mis once dólares con noventa y cinco. Llamé al 911 desde el móvil.

El detective Nick fue asignado al caso, y él me entrevistó en el hospital mientras me desinfectaban las mordeduras. Las quince que me hicieron. El médico interno que se ocupó de mí olía a cilantro y tarareaba el tema de Harry Potter y la cámara de los secretos. Cómo desentonaba. La verdad es que era más molesto eso que el escozor del antiséptico.

Aquello fue el otoño pasado. Desde entonces, más y más gente, sin discriminación de sexo, comenzó a ser atacada. Los dos últimos habían acabado muertos. Así que yo flipaba con lo que estaba pasando y me había jurado no ir más a Kahn hasta que cogiesen a aquellos forajidos, pero la verdad es que me alegraba de que no hubiese sido peor.

Bueno, total que el detective Nick me llamó y hablamos y, para resumir, le prometí ir a mirar el Gran Libro de los Malos una vez más. Y lo iba a hacer. Por mí misma, para recuperarme, pero principalmente para ver a Nick, quien tenía exactamente mi altura, un metro ochenta, el cabello corto rubio oscuro, ojos azul celeste, constitución de nadador ¡y hoyuelos! Parecía que se había escapado de un calendario de tíos buenos. Oficial, arrésteme.

Regodearme la vista con Nick sería lo más cercano a acostarme con alguien en... ¿en qué año había sido? No es que sea una puritana, sino que soy un poco exigente. Realmente muy exigente. Me doy el gusto de comprarme los zapatos más bonitos y más caros que puedo conseguir, lo cual no es fácil para el presupuesto de una secretaria, y no me interesa todo el dinero que mi padre trata de darme constantemente. Si aceptase su dinero, los zapatos no serían míos. Serían de él. Así que ahorro durante meses para comprarme los zapatitos de los cojones y ponérmelos. Sí, así soy yo en cuatro palabras; Elizabeth Taylor (¡no empieces, que ya he oído todas las coñas posibles sobre mi nombre!), soltera, con trabajo sin salidas (vale, ahora ni siquiera eso), vive con su gata. Y soy tan aburrida que la pobre gata se escapa unas tres veces al mes para ponerle un poco de emoción a su vida.

Y hablando del gato... ¿era suyo aquel revelador “BRIAAAAUUUU” que se oía en la calle? Genial. Giselle odiaba la nieve. Seguramente había salido con eso de que la primavera la sangre altera y la cogió la nevada. Ahora estaría fuera esperando ser rescatada. Y cuando la rescatase, estaría terriblemente ofendida y no me miraría a los ojos durante una semana entera.

Me puse las botas y me dirigí al jardín. Seguía nevando, pero yo podía ver a Giselle acurrucada en el medio de la calle como una pequeña mancha de sombra de ojos color ámbar. Perdí diez segundos llamándola —¿por qué coño llamaré a los gatos?— y luego troté a través del jardín hasta la calle.

Normalmente, eso no sería un problema, ya que vivo al final de la calle y ésta es muy tranquila. Sin embargo, entre la nieve y el hielo que la cubría, el conductor no me vio a tiempo. Y cuando me vio, hizo lo peor que se puede hacer en esas circunstancias: clavó los frenos. Aquello fue mi perdición.

Morir no duele. Estoy segura de que os parecerá una tontería sensiblera para tranquilizar a la gente que teme la llegada de la parca. Pero, la realidad es que tu cuerpo está tan traumatizado por lo que está sucediendo que las terminaciones nerviosas se desconectan. No solamente no dolió morir, sino que ni siquiera sentí el frío. Y aquella noche sí que volaba bajo el grajo.

Lo llevé muy mal, lo reconozco. Cuando vi que aquel coche iba a llevarme por delante, me quedé petrificada como un ciervo ante sus faros. Un ciervo grande, rubio e imbécil que acababa de pagar para que le hiciesen las mechas. No me podía mover, ni siquiera para salvar mi vida.

Giselle desde luego que pudo. La ingrata puso pies en polvorosa. Lo que es yo, salí disparada por los aires. El coche me dio a sesenta kilómetros por hora, lo cual no es tan terrible, y me estampó contra un árbol, lo cual sí que es terrible.

No me dolió, como he dicho, pero hubo una enorme presión por todo mi cuerpo. Oí cosas que se rompían. Oí cómo se me hacía añicos el cráneo; parecía que alguien estaba masticando hielo junto al oído. Sentí que sangraba, sentí que me salía líquido por todos lados. Sentí que se me vaciaba la vejiga involuntariamente por primera vez en veintiséis años. En la oscuridad, la sangre sobre la nieve parecía negra.

Lo último que vi fue a Giselle sentada frente a la puerta, esperando que la dejase entrar. Lo último que oí fue al conductor, pidiendo auxilio a gritos.

No, no fue lo último. Pero ya sabes a qué me refiero.

## Capítulo 2

Estar muerta realmente da que pensar. Te hace reflexionar mayormente sobre cómo la has jodido, o todo lo que no has hecho.

No es que yo tuviese una vida tremendamente excitante ni nada por el estilo, pero, joder, me hubiese gustado vivir más que treinta años de mierda. Y cuando pensé en la forma en que desperdicié el año pasado... los últimos diez años... puajj.

Nunca fui un genio. Promedio de aprobados raspando, lo cual no me preocupaba en absoluto. ¿Quién se va a preocupar por Geometría y Civismo y Química cuando tienes que ensayar tu número para la cabalgata de Miss Brunsville? Por no mencionar estar enrollada con tres o cuatro tíos a la vez sin que ellos lo supiesen... A veces llegaba exhausta al mediodía.

De todas maneras, toleré el instituto, odié la universidad (igual que el instituto, sólo que además había ceniceros y jarras de cerveza), abandoné los estudios, me dediqué a ser modelo un tiempo, acabé aburriéndome... La gente nunca me creía cuando le decía que ser modelo era igual de interesante que ver cómo le quitan el polvo a los conejitos, pero era verdad. El dinero estaba bien, pero eso era lo único bueno que tenía.

Ser modelo, en contra de lo que muestran los medios de comunicación, no era glamuroso en absoluto. Te pasas los días yendo con el ganado al casting con tu libro bajo el brazo y una sonrisa desesperada en tu cara bonita. Quizá consigues uno de cada diez trabajos... si tienes suerte. Luego te levantas a las 5.30 de la mañana para trabajar, y con frecuencia tienes que hacer jornadas de dieciocho horas. Luego, quizá con un poco de suerte, te pagan a las cinco semanas. Y eso después de que tu agente retenga el talón diez días para asegurarse de que tiene fondos.

A pesar de ello, resultó bastante divertido al principio. Hacía pasarela por el placer de pavonearme. Me lo pasaba de puta madre diciéndole a la gente cómo me ganaba la vida; después de todo, esto es América, la tierra de la trivialidad. Anunciar la forma en que me ganaba mi dinerito era siempre una buena forma de conseguirme una o tres copas gratis. Bien sabe Dios que los hombres se sentían impresionados.

Las sesiones de fotos sí que eran un peñazo... Toma tras toma tras toma y sonrisa, sonrisa, sonrisa, y a veces estabas de pie durante diez horas. ¡Y la actitud —dame una sonrisa grande, preciosa, y luego ven y siéntate en el regazo de papi— sí que era lo peor!

Y mejor que no empiece con los modelos masculinos. Mucho más engréidos que las mujeres. A día de hoy no puedo ver Zoolander porque es demasiado parecida a la realidad. Estoy segura de que Ben Stiller pensaría que hacía una comedia, pero la verdad es que era un documental.

Era jodido salir con tíos que se gastaban más que yo en productos para el pelo. Y nunca puedes mirarles a los ojos porque siempre estaban buscándose reflejados en toda superficie lisa que tuviesen a mano. Y muchos de ellos estaban a la caza como sabuesos; te dabas la vuelta para coger tu copa y fijo que te encontrabas a tu cita du jour ligándose a otra... o metiéndole mano. O metiéndole mano al camarero. ¡Me daba una rabia ser la última en enterarme de que yo le estaba sirviendo de pantalla! ¡Era tan incómodo!

Al cabo de dos años, estaba hasta el moño. De repente, me encontré sentada en una sala llena de mujeres altas y rubias con el pelo y las piernas largas... mujeres que tenían mi altura y mi color. Y se me ocurrió pensar que a los hombres que esperaban al fondo para entrevistarme les daba igual que me encantase el filete y los arroces, adorase a las películas de miedo (con excepción de Zoolander) y a mi madre. Les daba igual que fuese socia de P.E.T.A.1 y una republicana con carné (contrariamente a lo que se crea, no son mutuamente excluyentes). Joder, les daba igual que fuese una delincuente en busca y captura. Lo único que les interesaba era mi cara y mi cuerpo. Recuerdo que pensé: ¿Y yo qué hago aquí?

Excelente pregunta. Me levanté y me marché. Ni siquiera me llevé mi libro conmigo. Mi amiga Jessica siempre me ha llamado “una mujer de decisiones instantáneas” y supongo que habrá algo de cierto en ello. Tomo la decisión y punto.

Total que comencé a hacer trabajo temporal en las Twin Cities<sup>2</sup>, lo cual, como todos los trabajos que he tenido, fue divertido hasta que dominé la situación y comencé a aburrirme. Con el tiempo llegué a tener tanta experiencia como secretaria que me hicieron super-secretaria... perdón, quiero decir auxiliar ejecutiva.

Ello me llevó a Hamton & Hijos, donde mi trabajo estaba plagado de emoción y peligro. Emoción porque casi nunca había dinero para pagar las cuentas de la empresa. Peligro porque con frecuencia me preocupaba sucumbir a la tentación de estrangular a mi jefe, y acabar en chirona por homicida. Homicidio triple si los agentes de bolsa se me cruzaban por el camino.

La mayoría de la gente se queja de sus jefes, es la costumbre americana, pero yo lo hacía de verdad. Le despreciaba con todo mi corazón. Peor que eso: no le respetaba. Y había días en los que me preguntaba si realmente él estaría loco.

La semana pasada había sido típica. Llegué al trabajo justo a tiempo para que me recibieran en la puerta los agentes de bolsa con ojos desorbitados. En los diez minutos en que no habían tenido supervisión, habían roto la fotocopidora. La fotocopidora que acabábamos de comprar. Os juro que eran como niños. Como niños pequeños que no puedes dejar solos. Niñitos que fumaban un cigarrillo tras otro.

—No funciona —me informó Todd, el jefe de la panda de los agentes de bolsa—. Tendremos que devolverla. Te dije que no necesitábamos una nueva.

—La vieja se recalentaba tanto que todas las copias salían marrones y olían a humo. ¿Qué has hecho? —le dije, colgando el abrigo.

—Nada. Estaba haciendo fotocopias y, de repente, hizo un ruido y luego se detuvo.

—Qué. Es. Lo. Que. Hiciste.

—Pues... intenté arreglarla. No quería molestarte —añadió apresuradamente al verme la expresión asesina.

Intentó escabullirse, pero le cogí del brazo y tiré de él hacia la fotocopidora, que hacía un siniestro sonido ahogado. Señalé la nota pegada en la pared.

—Léela.

—Betsy, realmente estoy ocupado, la bolsa acaba de abrir y tengo que... ¡ay! Vale, vale, no pellizques. Pone: Si algo no funciona, no intente, bajo NINGÚN CONCEPTO, arreglar la fotocopidora. Llame a Betsy o a Ferry. Ya está. ¿Vale?

—Me quería asegurar de que sabías leer y no te habías olvidado —le solté el brazo para no ceder ante la tentación de volver a darle un buen pellizco—. Vete, yo la arreglaré.

Veinte minutos y una falda totalmente arruinada más tarde (¡maldito tóner!), la máquina estaba vivita y coleando nuevamente. Así que comencé a mirar mi correo, pero me quedé petrificada al ver la carta mensual de Hacienda, a la que ya me estaba comenzando a acostumbrar.

Me dirigí a paso redoblado al despacho de mi jefe, Tom. Levantó la vista cuando vio que cerraba la puerta tras de mí y me atravesó con la mirada muerta del típico sociópata. O quizá era algo que le habían enseñado a hacer en la Facultad de Empresariales.

Sacudí la carta frente a sus ojos.

—¡Hacienda sigue esperando que paguemos nuestros impuestos salariales!

—Ahora no puedo ocuparme de eso —dijo Tom, irritado. Era de estatura media y me odiaba porque yo era más alta y fumaba como si le quedase una semana solamente antes de que prohibiesen el tabaco. A pesar del estricto decreto de Minnesota (Aire

Limpio Dentro de los Edificios), su despacho olía a cenicero—. Háblame cuando cierre la bolsa.

—Tom, ¡llevamos casi un año de retraso! Ese dinero es de nuestros empleados, lo recaudamos para el gobierno, pero es de ellos. ¿Te suena algo eso de los impuestos estatales y federales? No podemos seguir usándolo para pagar nuestras facturas. ¡Ya le debemos al estado más de cien mil dólares!

—Después de que cierre el mercado de valores —dijo él y se volvió hacia su ordenador. Fin de la reunión. Y, por supuesto, a las 3.01 de la tarde se habría marchado por la puerta para evitar una latosa conversación conmigo.

Salí de su despacho pisando fuerte. No pasaba un día en que Tom no intentase hacer alguna mala jugada. O les mentía a sus clientes, o les mentía a sus empleados, o usaba su dinero sin informarles. Si lo pillaban, me culparía a mí. Y tenía una habilidad extraordinaria para convencer a la gente de que no era culpa suya. Era un vendedor fantástico, tengo que reconocerlo. Hasta a mí, que conocía todos sus trucos, conseguía engañarme de vez en cuando con su entusiasmo.

Odiaba ser yo quien tuviese que escribir los comunicados disciplinarios para los agentes mientras era él quien escribía los de los aumentos de sueldo; Tom era estrictamente un tío a quien sólo le gustaban las cosas buenas. Y odiaba cuando me hacía mentirles a los clientes. Eran gente buena que no tenían ni idea de que le estaban encomendando su dinero a un sociópata.

Pero, joder, el salario era muy bueno. Y además, podía trabajar jornadas de diez horas, lo cual me permitía tener fines de semana de tres días. Tres días apenas me bastaban para reunir suficiente valor para volver a la oficina el lunes. Me daba pereza cambiar de trabajo. Con cualquier otro empleo de secretaria, tendría que ahorrar mucho más tiempo para poder comprarme mis zapatos. Supongo que eso quería decir que era una traidora.

Me quedé hasta las 5.00 y, como siempre, fui la única. La recepcionista se marchaba a las 4.30, y todos los demás a las 3.30, cuando cerraban los mercados bursátiles. Pero Tom vivía con el miedo en el cuerpo de perderse una llamada telefónica crucial, así que yo me quedaba hasta las 5.00 todas las tardes. Al menos me servía para mantenerme al día con la lectura.

Me marché a las 5.00 a una cita... con un sobrino de Todd, créase o no. Él me aseguró que nos llevaríamos genial. Normalmente yo evitaba las citas a ciegas como a las puntas de pelo abiertas, pero me sentía sola y llevaba más de un año sin conocer a nadie nuevo. Era demasiado vieja para ir de discoteca en discoteca y demasiado joven para el bingo. Fui.

Craso error. Le sacaba una cabeza de altura al sobrino de Todd. Eso no me molestaba, la mayoría de los hombres eran más bajos que yo, pero a algunos tíos les sienta como el culo, como si yo fuese alta a posta. Todo parte de mi diabólico plan.

El sobrino, Gerry, era uno de esos tíos. Levantaba la mirada hacia mí y luego la apartaba. Después, sin poder evitarlo, elevaba la vista nuevamente. Era como si estuviese deslumbrado —u horrorizado— por el largo de mis piernas.

Después de hacer algunos chistes de mal gusto, deleítarme con anécdotas de la forma en que había vencido a todos los judíos codiciosos y usureros de su trabajo con su ingenio y astucia e informarme de que los EE UU tendrían que volar a todos los países del Tercer Mundo por los aires y zanjar de una vez por todas el tema del terrorismo (presumiblemente con más terrorismo), yo ya estaba hasta el moño. Almas gemelas no éramos. Me lo tenía merecido. Odiaba salir con tíos.

Accedí a que me diese un beso de despedida solamente porque quería saber cómo haría para llegar. Se puso de puntillas y yo me incliné. Unos labios húmedos y

blandos se apoyaron en la zona entre mi mejilla y mis labios y me llegó un tufillo a cerveza y ajo. No me molestaba el ajo, pero odiaba la cerveza. Casi me rompí la muñeca al intentar meter a la fuerza la llave en la cerradura para abrir lo más rápido posible y entrar en casa.

Así que ya veis, un día en la vida de... un día de mi vida. Qué desperdicio. Y ahora se había acabado. No había hecho nada en mi vida. Ni una sola cosa que valiese la pena.